

# FERNANDO CASÁS Y EL PATRIMONIO NATURAL

TEXTO **Fátima Otero**. Crítica de Arte

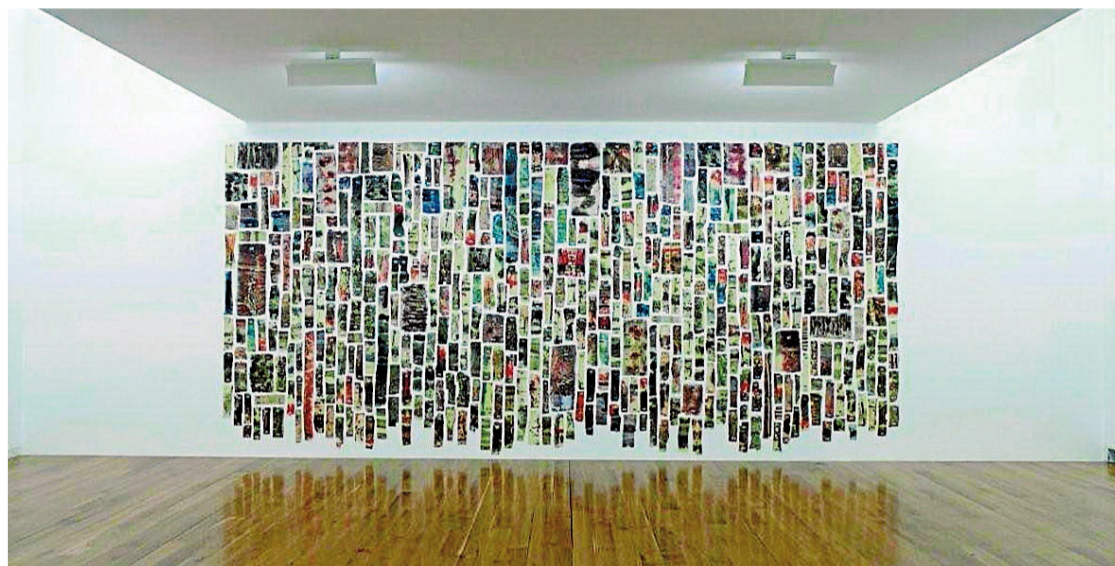
Es Fernando Casás (Gondomar, Pontevedra, 1946) un pionero en el Land Art a nivel internacional, pero también un artista plenamente contemporáneo. A las audacias de la vanguardia suma un arte involucrado en las nuevas tecnologías y los progresos que ofrece la ciencia, revelando su permeabilidad a un problema tan actual como es la amenaza al medioambiente.

La pérdida de árboles centenarios es tan generalizada en todo el planeta que tal vez por ello se preocupa de rescatar esas joyas, viejos testigos supervivientes de la naturaleza. Así, aparecen en la planta de entrada del compostelano CGAC (Centro Galego de Arte Contemporánea) elementos sacados del entorno como una piña gigante, cortezas, raíces quemadas o la recolección de semillas.

**TODOS ESTOS ELEMENTOS NATURALES** se trasladan al espacio museístico como utopías del paraíso terrenal. Remarcados por su gran escala, para que reflexionemos sobre sus marcas, la corrosión o erosión ejercida por el imparable trabajo de la muerte que los acecha. Y como fondo, no falta la alusión al hombre ya que, sin estar presente, intuimos su sombra y sus maneras poco benefactoras sobre el hábitat que precisamente le cobija.

**FERNANDO CASÁS ASPIRA A QUE REFLEXIONEMOS** sobre un entorno del que en muchas ocasiones ni interviene ni actúa, tan sólo le basta la inserción de volúmenes, *ready made* naturales en el museo. Otras veces crea hiriendo un mineral, horadando su volumen o esparciendo ácido sobre una superficie. Es en estas intervenciones cuando su labor artística es equiparable a la de una lombriz excavando túneles, rastreando las entrañas de la tierra para abrir respiraderos.

Ocurre que si con la labor de aquellos se mejora la dis-



La obra titulada '1492, fragmentos de América' se expone en el CGAC



Pieza conceptual en la que el espectador puede llevarse una parte de la obra

tribución de la humedad del suelo, Casás excava o agrieta el material terrestre obsesionado con vaciar y descubrir su intimidad, aprehender e intentar desentrañar el enigmático mundo de la creación. Sucede así en esa especie de cavernas, urnas o en sus arqueologías personales.

Más ambicioso se muestra intentando abarcar el cosmos. De esas series surgen sus cacahuets o patatas cósmicas, como asteroides navegando por el amplio firmamento. Ahí se sirve del formato fotográfico para evocar la teoría de los fractales.

En ocasiones actúa como un físico buscando nuevas formas

de energía. La encuentra en un insecto que hace las delicias de los hombres en las noches veraniegas: los destellos luminosos producidos por las luciérnagas a partir de una reacción química. La labor de los curiosos y errantes animalillos le hacen involucrarse en sus trabajos fosforescentes. Así, el doble Espacio del CGAC se convierte en un ámbito de sutil belleza aunque la intención del artista sea más bien ética, de preservar unos ámbitos cada día menos frecuentes de encontrar por la acción devastadora del medio.

**EL SIEMPRE CONTROVERTIDO MAL USO** que solemos dar al agua preocupa, y mucho,

al autor, al punto de intentar aprehender el movimiento de los líquidos en aras de alcanzar siempre otras condiciones de creación que lo mejoren. La simple visión del brillo de una gota de agua le ha valido para valorar una contemplación tan desinteresada que, precisamente, la ha tildado de proyecto idiota, porque sencillamente un gesto nimio lo convierte en algo tan intransferible que ni siquiera puede ser compartido.

Ha realizado muchas intervenciones en el amplio espacio americano, alejadas de los límites de una galería o museo y todo para modificar las coordenadas lógicas de la percepción. Algunas de sus

oquedades de cinc u otros pigmentos siguen sucediéndose en el paisaje. Otras pasan al formato escultura, pintura o instalación creadas con nuevos soportes como el poliéster y la fibra de vidrio. Lo hace en incisivas obras como la gran pieza de implicación social y proyección política que define con el heroico título *1492. Fragmentos de América*.

**EQUIVALEN A TROZOS DE UN ALMA HERIDA**, que mudan como la naturaleza de algo bello que ha sido destruido, desde un exuberante verde al negro, conformado por mil quinientos minúsculos retazos de piel americana. Aunque en el espacio no estén todos, sí queda esa metáfora de desperdicio, saqueo y explotación a que se sometió la colonización. Un paraíso con el que en pleno siglo XXI se sigue soñando y en el cual todavía se trabaja para desentrañar lo que aún se conserva en sus entrañas.

Después de más de cuarenta años de actividad artística, Fernando Casás continúa expresando al mundo su relación con el arte, con esa manera tan poco habitual de acercarse al entorno. Muchas veces ni lo toca, ni lo interviene, porque considera que los elementos le estaban esperando. Tal vez por ello sus creaciones se borran de la memoria y no alcancen la notoriedad que merecen a nivel público; o quizá porque muchas rozan lo inmaterial y lo impalpable, casi volatilizado en difusas experiencias etéreas como sus cuadros de agua o sus folios numéricos que se quedan en la nada cuando el espectador se las lleva.

**DE LO QUE SE TRATA** es de compartir un pedazo de la persona y el tiempo del artista. A ello alude en esa especie de autorretrato conceptual que es *A minha idade*, un trozo de su propio ser. Obra muy autorreflexiva la de Casás. Impregnada de un tiempo a caballo entre el contexto brasileño y el gallego. Un arte que empezó valorando y usando el entorno natural, pero al mismo tiempo plenamente involucrado en la realidad de nuestro mundo, porque comulga con los resortes más en boga en este momento.

Para él no tienen secreto las prácticas artísticas desarrolladas en campos tan interesantes como el científico, y continúa hurgando y defendiendo lo que él considera un problema que ataca a toda la humanidad: el medioambiente. Podemos disfrutarlo en el CGAC.